

## Las libretas

*Emma Liliana Navarrete*<sup>1</sup>  
El Colegio Mexiquense A. C.

### Resumen

Cinco años atrás realicé un viaje académico. Durante el mismo ocurrieron varios hechos que marcaron mi vida. Esta narración personal relata tanto los preparativos y las sensaciones alrededor de mis experiencias de esa estancia académica en Colombia, así como algunos recuerdos de viajes en los que fui con mi madre durante mi infancia. El documento se enmarca dentro de la autoetnografía evocativa, esta modalidad de investigación y escritura me ha permitido reflexionar sobre mi propia vida, así que ahora reconozco que dar cuenta de experiencias personales constituye una vía de generación de conocimientos.

*Palabras clave:* México, autoetnografía, viajes

### Os cadernos

#### Resumo

Cinco anos atrás eu fiz uma viagem acadêmica. Durante os mesmos ocorreram vários eventos que marcaram minha vida. Esta narração pessoal relata tanto os preparativos quanto as sensações que cercam minhas experiências daquela viagem à Colômbia, bem como algumas lembranças de viagens que fiz com minha mãe durante minha infância. O documento faz parte da auto etnografia evocativa, esse modo de pesquisa e escrita permitiu-me refletir sobre minha própria vida. Então, agora reconheço que dar conta de experiências pessoais é uma maneira de gerar conhecimento.

*Palavras de Chave:* México, auto etnografia, viagens

### The notebooks

Five years ago I made a trip for work-related reasons. During my stay in the foreign country several events marked my life. This personal narrative speaks about the preparation and sensations surrounding my academic journey to Colombia as well as memories of my travels with my mother during childhood. This paper is framed within evocative autoethnography; this research methodology and mode of writing has allowed me to reflect on my own life, consequently, I now recognize that writing about personal experiences is certainly a way to generate knowledge.

Keywords: Mexico, autoethnography, travels, journeys

---

<sup>1</sup> Dra. en Ciencias Sociales con especialidad en Estudios de la Población, El Colegio de México.  
[enavarr@cmq.edu.mx](mailto:enavarr@cmq.edu.mx)



## Las libretas

Desde niña me gustó viajar.

No sólo porque me imaginaba cómo serían los nuevos lugares que podría conocer, sino los preparativos resultaban tan motivantes que incluso, a veces, superaban la emoción del viaje en sí mismo.

## La preparación

Durante mi infancia y adolescencia la mayoría de los viajes los hice con mi mamá, ella se encargaba de buscar folletos, comprar guías, investigar en las agencias (que antes del auge del internet eran muy socorridas), analizar qué opciones teníamos para facilitar el traslado, ver los días en que podíamos viajar en función de mis vacaciones escolares y sus descansos laborales; revisar el clima que nos tocaría para decidir qué ropa tendríamos que llevar, hacer un pequeño botiquín médico, encargar a nuestros perros, en fin, todo lo que necesitábamos. Así por ejemplo, recuerdo: nos fuimos en tren a Chihuahua cuando yo tenía como ocho años, comimos carne de chango en Catemaco cuando tenía como 10, viajamos a Guatemala en carro cuando tenía 12, hicimos un crucero por las Islas Griegas cuando cumplí 14, cruzamos a la Paz, Baja California en *ferry* cuando tenía 16, dormimos al aire libre frente a una laguna en Puebla cuando tendría poco más de 20 o tomamos litros y litros de té de hierbabuena dulcísimo en Marruecos a mis 22 años. Algunas eran excursiones de un fin de semana, o eran viajes de varios días, cuando cruzamos a otro continente fue de aproximadamente un mes, todos tenían en común que eran muy emocionantes, emotivos, íntimos e incluso, arriesgados, dado que sólo viajábamos ella y yo; eso lo pienso ahora que los índices de violencia en el mundo se han incrementado, pero en ese momento me sentía segura.

Yo sólo tuve la presencia materna, mis padres se divorciaron cuando yo era muy niña y a mi padre no lo recuerdo: él era un hombre chileno –que murió hace como diez años– quien retornó a su país y al que sólo ubiqué por cartas hechas en un papel muy delgado, con una letra ininteligible, escritas con pluma fuente (cuando le dije que no entendía lo que me decía por su estilo de escritura, empezó a hacerlo en máquina de escribir), yo tenía como seis años; también sus recuerdos me los transmitía mi hermana, ocho años mayor que yo, quien decidió en la adolescencia irse a Chile a buscarlo.

Lo cierto es que mi seguridad, mis espacios y mi cotidianidad fueron construidos sólo por mi mamá.

Volviendo a los viajes, no importando la distancia ni el lugar, siempre planeábamos todo con mucho cuidado, prestando atención a detalles nimios y aparentemente insignificantes, pero que podrían ser fundamentales para nuestras estancias: la hora de llegada, las distintas posibilidades de transporte en el lugar que visitábamos, las fiestas de los sitios según la época del viaje, la comida, las direcciones de algunos restaurantes siguiendo la recomendación de amigos de ella que habían pasado por esos lugares, la cercanía de los hoteles, los horarios de los museos... Todo era limpiamente y con rigor anotado en una libretita, misma que llevábamos y seguíamos llenando durante el paseo.





Nuestra libreta era pequeña (como de 13 x 9 centímetros), negra, con funda plástica que imitaba piel de cocodrilo, de hojas rayadas. Desconozco de dónde la obtuvimos, pero nos acompañó en interminables viajes; no servía sólo para uno sino que la usábamos hasta la última página –que podría implicar tres o más salidas–, y habiendo anotado en ella todo lo concerniente a los preparativos, guardado y secado flores entre sus hojas, escrito las direcciones y detalles de cada hotel o restaurante, transcrito –sólo con el recuerdo del sabor– recetas de comida para replicarlas posteriormente en casa; habiendo también incluido innumerables dibujos míos y juegos que en aquellos años se usaban para pasar el tiempo, como los *ahorcados* o las *tripas de gato* que, en trayectos largos, permitían que nos aburriéramos menos. Sólo hasta que se llenaba la última página, entonces, usábamos una nueva libreta que, extrañamente, casi siempre era igual o muy similar a la anterior.

Ahora yo uso también una libretita para mis viajes, pero es más pequeña, flexible y normalmente es de colores.

Así yo aprendí a viajar y, sobre todo, así aprendí a planear.

### Los viajes académicos

Los viajes han sido parte muy importante en mi vida personal y también en la académica: la asistencia a congresos, la presentación de ponencias, la impartición de cursos, las estancias con colegas de otras latitudes, son actividades comunes en el ámbito académico en el que me desenvuelvo desde hace casi 30 años y que con cierta regularidad realizo, a veces interesada por el lugar a visitar; otras, motivada por el tipo de congreso y su temática, y otras más, por las personas-colegas-amigos con las/los que viajo.

Estos viajes también los planeo con cuidado y los preparativos los hago con emoción, pero cuando se aproxima la partida siento una gran ansiedad y el deseo de no ir. Esto se debe, creo, a que para ausentarme de mi casa y de mi trabajo tengo que dejar muchas cosas preparadas: ajustar cómo reponer las horas de clase en mi ausencia, resolver tareas administrativas en la institución donde trabajo, avanzar lo más que pueda en la investigación que esté realizando, para que al volver no me tenga que enfrentar a un fuerte retraso. También hay que preparar una presentación para el congreso en cuestión. Pero además, debo resolver asuntos del ámbito doméstico, sobre todo cuando mi hijo era pequeño y preadolescente. Incluso cuando vivía todavía con mi entonces esposo, tenía que dejar arreglado quién iba a atender al hijo y dejar anotada la manera de supervisar sus actividades escolares y vespertinas y encima de todo esto, encargar a mis perras. Siempre he tenido perros, específicamente hembras, ellas han sido parte fundamental de mi familia, las quiero y les dedico atención y tiempo, y durante los viajes hay que dejar cubiertas sus necesidades también, así que varias horas en las tiendas es algo de lo cual no puedo escapar, sobre todo para que en mi ausencia la ida al supermercado, al menos, no se convierta en otra tarea que tenga que realizar otra persona.

Todo esto hace que la parte recreativa y de emoción por el inminente viaje, por momentos quede en segundo plano. Afortunadamente la libretita que tanto aprendí a valorar en mi infancia sale a relucir y en una –no la del viaje, sino la de la vida cotidiana– anoto lo que





necesitaré para ausentarme de casa con todo resuelto, parecido, seguramente, a lo que habría hecho mi mamá en alguna otra libretita, distinta a la de los paseos.

Así voy resolviendo los detalles y palomeando las tareas cumplidas.

## **El viaje a Colombia**

En 2013 una colega y yo fuimos invitadas a Bogotá. Ambas formamos, desde hace algunos años, parte de un grupo de trabajo que ha resultado muy gratificante: por la calidad del trabajo de sus integrantes, por el compromiso que tenemos con el grupo, pero sobre todo, por la calidez y simpatía de los que lo conforman. Como resultado del trabajo colectivo, varios de los participantes escribieron en un número temático de una revista colombiana, y mi amiga y yo fuimos invitadas a Bogotá, Colombia: ella a dar una conferencia y yo a presentar la revista y a comentar acerca del nacimiento del grupo.

La invitación resultaba interesante, para mí era la oportunidad de conocer Colombia y con todo pagado, pero también nos reencontraríamos con una querida colega colombiana y participaríamos en una serie de actos académicos enmarcados en unas jornadas de la Facultad de Economía de una universidad de Bogotá; en conjunto, todo sonaba muy bien, sólo había algo distinto: se trataba de una universidad militar, lo cual, para el estándar académico mexicano, era algo poco común. Yo me preguntaba: ¿habrá soldados?, ¿tendremos que ser prudentes con lo que digamos?, ¿habrá que cumplir con un protocolo especial de corte militar? Tanto mi amiga como yo teníamos dudas respecto al tipo de institución que nos convocaba pero, por irónico que parezca, nunca nos atrevimos a preguntárselo a nuestra anfitriona, que no es militar, que es una mujer académica muy inteligente, que es un mar de dulce y que, además, se encargó de todo: hotel, boletos de avión, comidas, traslados, calendario de las actividades académicas y pasearnos en Bogotá. Ella se responsabilizó de los trámites para que nos trataran como reinas. Por primera vez yo no tuve que planear nada para viajar.

Partimos un 8 de agosto de 2013, fecha que recuerdo bien porque días antes había sido mi cumpleaños y mi mamá, como un pequeño festejo, me invitó a comer. Ahí noté que ella estaba cada vez más delgada y que comía poco.

Salimos para Bogotá muy temprano en la mañana, yo me había despedido de mi madre el día anterior, cosa que no era inusual, normalmente así lo hacía. Me despedí antes de salir sólo de mi hijo, que en ese momento estaba en la preparatoria, le pedí prudencia y que tuviera al tanto de sus actividades a su abuela y a su tía –ambas apoyo fundamental durante mis ausencias y cómplices incondicionales de él– y me fui.

Como antes dije, cuando debo viajar por trabajo la presión me incomoda, me abruma y suelo arrepentirme antes de salir, casi es una rutina, y siempre me repito mentalmente:

- ¡Para qué vas!,
- ¡De regreso vas a tener tantos pendientes que no vas a dormir en tres días!,
- ¡Mejor te hubieras quedado!,
- ¡Aprende a decir no!...





y lo mismo me pasó en esta ocasión, sólo que ahora mi sobrino, joven médico y admirador absoluto de su abuela (mi madre y claro, también madre de su madre), nos informó que algún día en esa semana en que yo estaría ausente, se llevaría a la abuela al hospital para quitarle una pequeña bolita que le estaba saliendo en el cuello. Sería una operación sencillísima. Así que a mi perorata regular pre-viaje-laboral agregué:

–¡Deberías quedarte con tu mamá!

Pero me fui. Yo sabía perfectamente que mi amiga colombiana había pasado días planeando todo, quizá anotando cada detalle y necesidad también en una libretita, pero seguramente solicitando, además, la firma de algún coronel de la Universidad Militar, así que no podía dejar de ir.

### **La llegada a Bogotá**

Llegamos a Bogotá al medio día y nos recogió en el aeropuerto un chofer enviado de la Universidad. En el trayecto al hotel que duró casi una hora, hablamos de programas de cocina. A mí me encanta cocinar, es mi terapia personal, por lo que veo muchos programas en la televisión que tienen que ver con la comida. Seguramente por ello la charla con el chofer se concentró sobre decidir qué había más: programas de comida mexicana o colombiana. Cada uno expuso su opinión. Aunque no llegamos a ningún acuerdo y yo afirmaba que había más de comida colombiana y él de comida mexicana, en lo que sí coincidimos es en que ambos países cuentan con una gran tradición culinaria.

Para cultivar mi amor a la cocina, cuando viajo como –a veces arrepintiéndome por el exceso de grasa o de picante– la comida tradicional, si puedo compro libros de cocina –cosa que genera burlas en mi familia quienes siguen las recetas en internet– y también adquiero especias de cada sitio. Luego, ya en casa, de regreso de los viajes académicos, a pesar de que, en efecto, me esperan muchas tareas acumuladas por cumplir, para eliminar la ansiedad guiso y guiso, y sólo así me vuelve el ánimo para volver al trabajo. Mi hijo ha adquirido el gusto por la cocina, es muy buen cocinero, tiene un gran sentido de la combinación de los sabores y disfruta guisar y comer.

Así, la llegada a Bogotá, imaginando los olores que nos contaba el conductor, me hizo pensar que el viaje, a pesar de mi reticencia, sí valdría la pena.

### **La visita académica**

La Universidad que nos acogió tenía instalaciones modernas y funcionales, estaba en un barrio nada popular, más bien elegante, se trata de una universidad privada y si bien era militar y tenía, efectivamente, coroneles y sargentos, también estaba integrada por profesores y alumnos sin ningún rango castrense; los primeros se esforzaban por dar los mejores cursos y formar bien a sus alumnos y los últimos en asistir a las aulas y participar en un sinnúmero de actividades, igual que en muchas otras universidades a las que he asistido. Dentro de las actividades que nos organizaron, asistimos a un semillero de investigadores, donde los estudiantes nos presentaron





sus proyectos de tesis; otro día expusimos, mi amiga mexicana la conferencia y yo, la presentación de la revista en un auditorio; al final nos regalaron una medalla. Un día más nos agasajaron con una comida típica colombiana en una oficina acondicionada como comedor, nos dieron de comer *ajiacó bogotano* que era una sopa de pollo con distintos tipos de papa, alcaparras, crema y aguacate, realmente deliciosa. Yo después la reinventé en mi casa, pero no me quedó igual, parece que tiene que ver con el tipo de papas que lleva, las cuales no existen en México. En la sobremesa, después del *ajiacó* y del *tintico*, platicamos de nuestros proyectos y de nuestras instituciones. Sí había un protocolo que llenar, pero nada fuera de lo común, lo cual hizo que tuviéramos una estancia de una semana muy placentera.

Bogotá, para ese momento, estaba ya librando la batalla contra el narcotráfico, así que si bien nos pedían tener cuidado e incluso para algunas salidas turísticas nos recomendaron hacerlo en un taxi particular, mismo que debía trasladarnos a todos lados, en general se respiraba un ambiente seguro y relajado. Quizá lo único que a mí me llamó la atención fue el exceso de perros entrenados, siempre al lado de un policía, trabajando en estacionamientos, bancos, plazas comerciales, cuyo objetivo era, según nos informaron, la detección de bombas.

Académicamente nos fue muy bien, un día se presentó la revista, otro se realizó la conferencia, uno más conversamos con alumnos, conocimos muchos colegas; tuvimos tiempo también para visitar el Museo de Botero, el Santuario de Monserrate en teleférico y caminar por el centro de Bogotá. Fue fructífero y puedo decir que estuvimos felices y aprendimos mucho, aunque cada día, cuando volvíamos al hotel, revisaba mis mensajes en el celular y percibía que algo en casa no iba bien.

### **La preocupación de estar lejos**

Como mencioné, días antes de salir para Bogotá a mi mamá le apareció en el cuello una pequeña protuberancia, más pequeña que un chicharo, tan pequeña que no generó, de momento, ninguna alerta. Se decidió que habría que retirarla. La pequeña operación se haría en la clínica donde mi sobrino trabaja, sería una operación ambulatoria que no llevaría mucho tiempo ni ningún riesgo, se realizaría mientras yo me encontraba en Bogotá.

Sin embargo, durante la semana que yo estuve fuera, el pequeño chicharo se transformó en un limón y la operación sencilla, que se llevaría a cabo con anestesia local y sin riesgo alguno, se convirtió en una intervención más seria, en donde se requirieron estudios preoperatorios y, ciertamente, implicaba un riesgo mayor. Este proceso preoperatorio yo no lo viví directamente, pero los mensajes del *WhatsApp* familiar se convertían en señales incomprensibles y preocupantes en donde yo era tan sólo una observadora no participante. En el fondo, debo confesar que no quería participar, creo que intuía que se trataba de un hecho mucho más grave que sólo extirparle ese limón.

### **Nuevamente en casa**

Los trámites en el aeropuerto de los vuelos que llegan a México desde Colombia tienen el inconveniente de ser extremadamente tardados. Revisan, ya en México, *ene* veces el equipaje, es común salir seleccionado para una nueva inspección y el protocolo consiste en abrir la maleta,





permitir que revisen todas las pertenencias, lo que nos deja con ropa sucia revuelta entre bolsas de café, en tal desorden, que hay que invertir una hora en reacomodar y hacer que quepa nuevamente el equipaje en la valija, en ese momento, uno duda de las leyes de la física: ¡Cómo cupo todo en este espacio! Pero, además, ante tanta gente en el aeropuerto –por pudor– casi todos limitamos la posibilidad de sentarnos sobre la maleta para que ésta cierre, por lo que terminamos llevándonos cosas en la mano.

Así fue la llegada a la Ciudad de México, que en ese entonces era el Distrito Federal. Aunque el vuelo arribó al aeropuerto a las siete de la tarde aproximadamente, salí rumbo a mi casa como a las nueve de la noche. En el camino me comuniqué a casa de mi madre para saber cómo estaba, y me sorprendió escuchar a través del teléfono que estaba toda la familia con ella: hija, sobrina, nieta, sus dos nietos, y dos de sus tres bisnietas: todas y todos acompañándola. Me asusté mucho, no era nada común, no se festejaba nada, no había un cumpleaños, comprobé que algo serio había sucedido mientras yo viajaba.

Llegué directamente a su casa y a simple vista la situación no era grave. Ella estaba recostada en su cama con una mascada al cuello, con las bisnietas junto, todos conversando y cenando a su alrededor. La saludé, la besé y la abracé, me preguntó –como siempre– cómo me había ido y conversamos un poco sobre Colombia. Todo parecía igual. Mi preocupación se desvaneció, pensé otra vez –o quise pensar– que no era tan serio como había supuesto en Bogotá y que todo mejoraría. Mi hijo estaba también acompañándola. Cuando todos acabaron su comida nos despedimos, con la promesa de vernos pronto para platicar los detalles del viaje y cada quien se fue a su casa, y mi hijo y yo a la nuestra, teníamos poco más de una semana de no vernos.

Ya en casa reabrí el equipaje, saqué algunos recuerdos, preparé un buen café colombiano y le conté cómo me fue en la presentación, del museo del Oro que recorrí en un tiempo *récord* por falta de tiempo, de los tamales y las arepas y su parecido a la comida mexicana y me concentré en platicarle sobre el exceso de perros guardianes y, finalmente, le pregunté cómo estaba, y me contó:

–Me he sentido triste, mi abuela a los pocos días que te fuiste me dijo que estaba muy cansada, que en adelante me hiciera yo cargo de la comida, que ella sabía que para mí no sería difícil, ella ya no tenía ánimo para guisar.

En ese momento me percaté de la gravedad de la situación, entendí que mi mamá estaba realmente muy enferma pues ella, como yo y como mi hijo –su nieto–, también disfrutaba de guisar por sobre muchas cosas. El placer para planear los viajes y disfrutarlos que ella me enseñó y yo, a mi vez, lo hice con mi hijo, siempre se acompañó del placer de cocinar.

Mi mamá murió cinco meses después y si bien fue triste, previo a su muerte tuve la oportunidad de seguir leyendo, platicando, recordando y guisando con ella todavía un tiempo, y también continuamos planeando y anotado en papelitos, al menos, las compras del mercado.

Hoy día, a cuatro años de distancia, me cuesta un poco organizar mis viajes porque, aunque cuento con una libretita para anotar los detalles, ahora sé muy bien que hay situaciones que no se pueden planear.



